

rio marítimo, que ya Esparta se atrevía á disputarle en el Egeo. Los sátrapas persas espiaban los sucesos en Asia menor y procuraban que los contendientes se agotasen mutuamente. Tras una revolución oligárquica, organizada por las heterías en Athenas, viene una reacción democrática acaudillada por el ejército ateniense que estaba en Samos, y esta reacción trae á Alkibiades en triunfo á su patria; el pueblo tornó á adorarlo, pero al primer desastre que sufrió la escuadra quiso de nuevo castigar al demagogo, que esta vez huyó para siempre. Aun lograron una victoria señalada en las Arginusas las flotas de Athenas: mas aquella democracia movible, impresionable, nerviosa y alucinada en la desgracia por visiones de sangre, ejecutó á sus generales vencedores por no haber recogido, para sepultarlos luego, los cadáveres de los atenienses caídos al mar. — Esparta halló entonces precisamente un general de primer orden para su flota, Lysandros, y un aliado importantísimo, Kiros el joven, recién llegado al Asia menor, enviado por su madre, la cruel y ambiciosa Parysatis, que quería para él una corona. — Los atenienses, sorprendidos y vencidos en el Helesponto (Egos-Potamós) perdieron su imperio marítimo; sitiados por Esparta y sus aliados, tuvieron al fin que rendir la ciudad á Lisandro; entregaron toda su flota, redujeron su territorio al Atica, se sometieron á los oligarcas traidores, y Lysandros y sus aliados, coronados de flores y al son de las flautas, hicieron arrasar los muros de la ciudad santa (404). La civilización era la vencida.

¿Las doctrinas disolventes del culto de los Números y de la Patria habían causado la ruina de Athenas? Así lo creen algunos (v. Curtius). Las ideas necesitan larguísimo tiempo para tornarse sentimientos y obrar profundamente en el ánimo del pueblo; Athenas, á pesar de los sofistas, no había perdido su piedad; Alkibiades, los vencedores de las Arginusas y Sókrates, demuestran, por lo contrario, que bajo la influencia del temor á la venganza divina, esa piedad solía ser rayana en fanatismo exasperado. Las democracias no son organismos destinados á la guerra; la prosperidad, el trabajo y la paz son su atmósfera vital, por eso es de ellas el porvenir. Suelen ser admirables en las luchas de defensa; mas cuando éstas se prolongan en conquistas, el buen sentido popular pierde su orientación, se anestesia con la gloria ó se enloquece con los desastres y corre á la anarquía ó la tiranía. Esta fué la historia de Athenas. — Las consecuencias de la lucha fueron fatales; aun fué Athenas la antorcha de la civilización, pero ya no la alimentó el oxígeno de la libertad y brilló menos. — Esparta, incapaz de dirigir el mundo helénico á sus destinos truncados en Egos-Potamos, tampoco pudo mantener su hegemonía por la fuerza. Las dos grandes rivales salieron de la lucha heridas de muerte.

4. Helenos y Persas: «la retirada de los diez mil;» el mercenarismo.—

La ruina de Atenas trajo estas dos consecuencias inmediatas: el poder persa asoma de nuevo en el horizonte helénico, y los helenos adoptan como profesión principal la guerra y se ofrecen al mejor postor; así nació el *mercenarismo* que había de debilitar cada día más las ya mermadas fuerzas de Grecia. La primera manifestación de estos dos graves males fué la expedición de Kyros el joven, en 401, antes de la E. V.

Persia se encontraba en plena decadencia: Jerjes, humillado y gastado por el placer, había sucumbido asesinado (465), y sus hijos se disputaron el trono en sangrientos combates. Artajerjes, el triunfador, tuvo el gusto de vencer, en el Egipto rebelado, las flotas atenienses; pero Kypre, en cuyos puertos abrigaba el gran rey sus flotas fenicias, fué ocupado por Athenas, y Artajerjes sufrió la paz humillante de 449. Los imperios de Oriente son fuertes mientras conquistan; dejan de ser conquistadores y empieza para ellos la agonía. Contenido por todas partes por infranqueables límites, el imperio persa sólo podía ensancharse por el Mediterráneo; ahí se encontró un obstáculo mayor que las montañas y los desiertos: un puñado de hombres libres, los helenos. Encerrado en sí mismo, el imperio tendió á disolverse lentamente; rebeliones de sátrapas, intrigas de serrallo, esa es toda la historia persa desde entonces. Artajerjes murió en 425; Jerjes II murió asesinado; sus hermanos ilegítimos le sucedieron; Darios, el Bastardo, duró en el trono, y el imperio encontró un modo de prolongar su vida: las divisiones de los griegos. Parysatis, esposa de Darios, decidió, desde el fondo del harem, de la suerte de Grecia: envió al Asia Menor á su hijo favorito Kyros, con orden de proteger á Esparta; Kyros y Lisandro se aliaron; el primero dió oro y por eso tuvo el segundo ocasión de vencer á Athenas. Cuando esto pasaba, Kyros, de vuelta en Suza, intentó asesinar á su hermano primogénito Artajerjes á la muerte de Darios; Parysatis lo hizo perdonar y volver al Asia Menor, en donde aquel ambicioso y bravo joven reunió un ejército de mercenarios y avanzó hacia el centro del imperio en son de revuelta. El pequeño ejército rebelde y el inmenso de Artajerjes, se encontraron á pocas leguas de Babilonia, en Kunaxa; Kyros murió combatiendo, y de su ejército sólo quedó un grupo de diez mil helenos. Hallábanse éstos desesperados y abatidos, cuando un ateniense llamado Jenofonte, amigo de Kyros, los reanimó, los organizó, y venciendo penalidades y peligros los condujo á través del imperio, desde Kaldea hasta el Ponto Euxino y Bizancio; á éste hecho memorable llamaron los Griegos «la retirada de los diez mil» (401-399). Ella mostró la incoherencia y la debilidad profunda del vasto imperio persa.

5. *Sócrates*.—Los lacedemonios, al perdonar á Athenas, que algunos quisieron arrasar, dejaron una guarnición en el Akrópolis, y apoyado en ella un gobierno compuesto de treinta individuos, aristócratas y devotos de Esparta. Las confiscaciones, la proscripción, la muerte, fueron los medios de mando de aquella abominable tiranía, que afortunadamente se dividió bien pronto. Los patriotas desterrados, dirigidos por Trasybulos y Anitos, y ayudados por los tebanos, lograron reapoderarse de Athenas y restaurar la democracia (403). Trasybulos hizo decretar una amnistía absoluta; mas lo que no podía restaurarse era el viril patriotismo antiguo: el espíritu de sacrificio moría ya en el cuerpo político; la adversidad, la confusión de ideas, la fe vacilante en los númenes, reblandecía el ánimo de los ciudadanos que se alejaban de la política paulatinamente y no tenían más norte que su bien individual. Una renovación moral era indispensable; Sócrates la intentó. Este personaje, feo y desaliñado, había sido un excelente soldado: era un ciudadano irreprochable. Esto daba autoridad á su palabra finamente irónica, seria y jovial á la vez, y perfectamente adecuada á la investigación incesante del vínculo de solidaridad entre la acción y el conocimiento. Su ascendiente incomparable sobre la juventud de Athenas se explica, además, por la armonía perfecta entre su vida (que ha sido impiamente calumniada) y su enseñanza moral. No era un asceta, amaba los placeres sociales, pero se empeñaba en hacerlo converger todo en el perfeccionamiento moral. Enseñaba la existencia de una santa y universal providencia, y la religión moral é intelectual de Apolón le servía para subir del culto de los dioses, que recomendaba y practicaba, al de la personalidad divina. El oráculo del dios délfico siempre le fué propicio y la pitia lo designó como el más sabio de los hombres; Sócrates hizo de una máxima grabada en el templo de Delfos el fundamento de su doctrina «Conócete á tí mismo.» Para llegar á este fin se valía de un examen de conciencia que él mismo hacía en los demás por medio de diálogos sostenidos constantemente y en todas partes. Porque no era sólo un sistema filosófico el que Sócrates enseñaba, sino que buscaba una resurrección moral, inmediata, práctica, individual, para que pudiese redundar en regeneración de la sociedad. Los sofistas, que profesaban la completa ineficacia de los sistemas políticos y filosóficos, y enseñaban á disertar con igual sutileza sobre cualquier tema, fueron sus enemigos; se propuso perseguirlos y lo hizo sin cesar.

Como Sócrates no predicaba, ya lo dijimos, un dogma, sino una disciplina moral, tuvo discípulos que concibieron diversos sistemas; y como su enseñanza se elevaba á un ideal humano y no estrechamente patrio, tuvo discípulos de diversos países; y como no creía en la infalibilidad de la democracia, aunque

sí practicaba el culto á la ley, los tuvo en todos los partidos. Kricias, el jefe de los treinta tiranos, era uno de ellos, como lo había sido Alkibiades. Por esto lo odiaban los demócratas triunfantes en 403; uno de los caudillos de la restauración, Anytos, y un poeta Meletos, lo acusaron de «despreciar á los dioses y de corromper á la juventud,» para no aparecer como violadores de la amnistía: Sócrates se defendió con un desdén soberano y fué condenado á beber la cicuta. Murió, rodeado de sus discípulos, enseñando el bien (399). — Afirma un autor que las palestras y los gimnasios se cerraron en señal de duelo; algo efectivamente había muerto para siempre en el espíritu de Athenas: nunca se levantaría ya hasta la religión de la libertad de conciencia.

6. *La Hegemonía panhelénica de Esparta*.—Lysandros pudo creerse árbitro de los destinos de Grecia; en Europa y Asia marchaba como en una procesión triunfal; hubo pueblos que le levantaron altares y le ofrecieron sacrificios, y esos pueblos eran helenos ¡terrible signo del tiempo! Pero los éforos temieron la ambición de un hombre que á tanto poder había llegado y le privaron del mando. Lysandros hizo nombrar rey, poco después, al cojo Agesilas, hechura suya; pero su protegido sacudió la tutela del héroe de Egos-Potamos y se mostró tanto ó más hábil que él. Esparta hacía en Ionia, por entonces, el papel que en antaño Athenas; por consiguiente debía luchar con los sátrapas persas; Agesilas emprendió una feliz campaña en Asia menor, teniendo en su compañía á Jenefonte, el héroe de la flamante retirada de los diez mil. El peligro era inminente para el gran rey; pero sus emisarios, bien provistos de dáricas, recorrieron algunas ciudades griegas, y Athenas, Korinto y Thebas formaron una liga contra Esparta. Lysandros murió combatiéndola, y Agesilas, con la rabia en el alma, tuvo que abandonar su conquista en Asia y volvió al Peloponeso. La lucha se prolongó, y entretanto los generales atenienses levantaban la cabeza; en el mar, Konón batía á los lacedemonios, y en tierra Ifikrates se hacía temible con sus tropas ligeras. Los espartanos solicitaron entonces el auxilio del gran rey, y el embajador de la República, Antalkidas, estipuló en Suza el ominoso tratado que lleva su nombre (387, antes de la E. V.) Arbitro de los destinos helénicos, Artajerjes se adjudicaba la Ionia asiática y la isla de Kypre, que luchó por su independencia; todas las ciudades griegas recobraban su autonomía, y así las que pertenecían á la liga contra Esparta, perdieron las que se habían anexado: en este caso estaban Argos y Thebas que reclamaron en vano. Esparta se encargó de la ejecución del tratado. ¡A tal extremo de humillación habían llevado las discordias á los nietos de los héroes de las Termópilas y Plateas!

7. *Thebas y el mundo helénico al mediar el siglo IV, antes de la E. V. Epa-*

minondas.—Thebas, la eterna enemiga de Athenas, la aliada de los persas, centro de la comarca beocia, cuya población era famosa por su torpeza intelectual, empezaba á desempeñar en las luchas contra Esparta un papel bien importante. Los espartanos habían ocupado la Kadmeia (ciudadela de Thebas) y á su sombra se había establecido una tiranía. Muchos ciudadanos se habían refugiado en Athenas; el más importante de ellos era Pelópidas, hombre generoso, patriota admirable y guerrero denodado. Los expatriados conspiraban, secundados dentro de la misma Thebas por Epaminondas, una de las figuras más notables de la historia helénica por su genio militar y por su grandeza moral. Pelópidas y Epaminondas lograron libertar á su patria de sus tiranos y de la presencia de los lacedemonios, y se prepararon á la lucha con Esparta (379). Por lo pronto la emancipación de Thebas sólo aprovechó á Athenas, que logró, gracias á sus generales Khabrias, Fokión, Timoleón, algunas victorias marítimas y rehacer en parte su imperio insular; pero al fin, celebrada la paz con Esparta, tornó á su vigor el tratado de Antalkidas, aunque privando á los espartanos del papel de ejecutores; Thebas no podía conformarse con una paz que le arrebatara su predominio en Beocia, dejando en libertad á las ciudades que había sometido, y la guerra fué inevitable.—Epaminondas estaba listo; los espartanos no alteraban la composición de su falange desde las guerras mesenias; los thebanos inventaron un orden de batalla á propósito para desordenar las líneas espartanas; crearon el batallón sagrado compuesto de lo mejor de la juventud y reorganizaron la caballería. La batalla de Leuktra fué una señalada victoria de Thebas (371); la aristocracia espartana perdió la flor de sus guerreros; al saberlo en Esparta continuaron las fiestas y todos ocultaron su dolor y su sorpresa con maravillosa entereza. Epaminondas dominó la Beocia, formó una liga cuyo centro fué Delfos, y bajó al Peloponeso que se encontraba en un estado de agitación profunda, gracias á la insurrección de la facción democrática en las ciudades que sacudían el yugo de Esparta. El gran thebano no pudo apoderarse de Esparta, á cuyos suburbios llegó, porque lo contuvo la fiera actitud del anciano Agesilas y sus tropas; pero desorganizó para siempre el poder lakonio en la península, fundando á Megalópolis, capital de los Arkadios y á Mesenia al pie del monte Ithomo, á donde llamó á los descendientes de los implacables enemigos de Esparta.—Thebas, después de algunas campañas en Tesalia, cuyas tribus se habían reunido bajo el gobierno de los tiranos de Feres, envió á Pelópidas á Suza, en donde obtuvo las gracias del gran rey, y las escuadras de Epaminondas recorrieron triunfalmente el mar Egeo y la Propontide.—Los disturbios del Peloponeso y la alianza celebrada entre Esparta (en cuyo auxilio Dionisio de

Sirakusa había enviado un cuerpo de mercenarios galos) y los arkadios, exigieron la vuelta de Epaminondas que, después que Pelópidas había muerto en un encuentro temerario con los tesalios, estaba en el apogeo del poder. El héroe thebano logró penetrar hasta el Agora de Esparta; pero obligado á retirarse presentó una gran batalla en Mantinea; en medio de su victoria fué herido y murió (362). Con él concluye la preponderancia de Thebas en Grecia.

La hegemonía de Thebas es el último momento de la lucha por la preponderancia entre las ciudades helénicas; todas quedan tan débiles, que su circuito de acción se reduce casi á la comarca que las rodea y á algunos territorios coloniales; así sucedió con Athenas.—Nuevos poderes surgen: la lucha entre los cartagineses y los helenos en Sicilia proporciona á algunos generales victoriosos la facilidad de convertirse en tiranos, como el tan célebre Dionisio de Sirakusa, de quien tantas anécdotas inverosímiles contaban los griegos; esta tiranía acabó por un gobierno justo y democrático, el de Timoleón; pero después de la muerte de éste, un nuevo tirano, Agatokles, entra en escena.—Los tesalios no lograban formar un reino completo capaz de sojuzgar la Grecia, pero al N. de Tesalia sí se formaba este reino en Makedonia.

Transformación del alma helénica: la literatura histórica: Tukidides, Jenofonte; la filosofía.—Platón.—La elocuencia.—Las formas admirables del pensamiento y del arte de los días de libertad y de grandeza se extinguían. La poesía dramática había tenido su vástago postrero en Eurípides, mucho más conmovedor para nosotros por estar más cerca de la realidad humana, pero rebajador sistemático de la serenidad augusta de la tragedia de Eskylo y de Sófokles. La comedia política se había convertido en una crítica fría de vicios sociales. En todo lo demás reinaba la medianía y la imitación.

La prosa, en cambio, tocaba á su apogeo: en la historia pasaba de Herodoto, ingenioso y concienzudo coordinador de datos á veces falsos, narrador pintoresco como ninguno y descriptor verídico y delicioso, á Thukidides, el gran cronista de «la guerra del Peloponeso;» su estilo es dórico, digámoslo así, á fuerza de austeridad y de majestad, y su espíritu es distinto del que animó al padre de la historia; Tukidides explica los hechos, investiga sus causas, muestra la importancia de las instituciones, es un pensador; Jenofonte que ha contado el fin de la guerra del Peloponeso y la retirada de los diez mil, en que tamaño papel hizo, y compuso obras de filosofía política y social, llevó la prosa á la perfección por su fluidez, su claridad, su sobriedad; el dialecto ático llega á ser el verdadero idioma culto de la Grecia.

Pero quien convierte la prosa griega en instrumento admirable para ex

presar lo más profundo y lo más elevado que en el espíritu puede hallarse, es Platón, discípulo de Sócrates, como Jenofonte; como éste enamorado de las rígidas instituciones espartanas, pero mejor ciudadano que el soldado de Kyros y Agesilas, que el panegirista de la monarquía.

Platón convirtió á la doctrina sokrática en una metafísica, en una ciencia de lo supra-sensible. Su sistema tiene la armonía divina de un templo de mármol; helo aquí en esquema: «Nada de lo visible satisface la necesidad de verdad y de bien que existe en el alma; esta necesidad prueba que en ella existen, desde antes de su aparición terrestre, impresiones é ideas de un mundo superior: de aquí viene el amor á la perfección y á lo divino. Pero este amor debe disciplinarse; y de aquí la importancia de la dialéctica; así puede elevarse el alma de lo material á lo espiritual, de lo aparente que es la materia y la forma, á lo real aunque invisible; esa realidad es la de los *arquetipos* ó ideas que viven en una esfera suprasensible y cuya razón fundamental se llama Dios. El mundo material no existe por sí mismo, sino por el alma del mundo que lo anima: lo mismo el cuerpo humano, cuyo espíritu no recobra su estado natural, sino en la existencia incorporal. Siendo lo corporal un defecto, la vida debe consagrarse á una purificación perpetua, hasta realizar en la tierra la virtud que es la libertad y la felicidad.» Esta doctrina expuesta en forma de diálogos, atribuídos por Platón á su maestro Sócrates, ha tenido inmensas consecuencias en la historia del pensamiento humano.

La elocuencia era una parte natural de las instituciones democráticas; los sofistas la enseñaron como un arte; Isókrates tuvo una escuela de elocuencia y retórica; pero el gran orador del siglo IV, antes de Demóstenes, fué Lísias, gran repúblico y moralista eminente, discípulo de los oradores sicilianos. Otros muchos historiadores, filósofos y oradores, ya judiciales, ya políticos hubo; sería inoportuno mencionarlos en este resumen.

Progreso del arte.—El arte había progresado; pero en lugar de la calma sublime que lo distinguía en la época de Perikles, se mostraba más instable, más variado; en el arte también influían la retórica y la sofística. A los dos antiguos órdenes, el helénico puro ó dórico y el iónico, menos severo y más gracioso, se añade otro, el corintio, caracterizado por un capitel de hojas de acanto; en un templo de Tegea se combinan por primera vez los tres en admirable conjunto. En aquellos templos pintados con colores vivos ó tenues, para mitigar el brillo del sol sobre el mármol ó hacer resaltar los relieves, la escultura se hacía cada vez más dramática, más humana y expresiva. Skopas y otros, verdaderos peregrinos del arte que viajaban construyendo edificios ricamente ornamentados por las ciudades helénicas, eran arquitectos y escul-

tores; Skopas sabía dar alma al mármol; Praxiteles le imprimía una gracia sensual y una sensibilidad exquisitas; algunos fragmentos, algunas copias antiguas revelan aún el genio de estos hombres y de sus discípulos. La divina «Venus de Milo,» la más bella imagen de mujer que un artista haya soñado, pertenece á esa época sin duda (v. Reinach, *Recueil de têtes antiques*). Así vivían los helenos entre un pueblo de dioses y héroes de mármol y bronce que seguían sus pasos; rodeados de templos y sepulcros que realizaban todas las combinaciones de la belleza plástica; reuniéndose en lugares decorados por pintores que reproducían admirablemente la naturaleza, y de cuya obra se puede juzgar por los innumerables vasos pintados que la copiaban con incomparable gracia; y la música, que se había complicado tanto al separarse de la poesía, marcaba el ritmo de marcha á través de los siglos de aquella sociedad que con los productos de su decadencia ha hecho modelos inmortales.

BIBLIOGRAFIA. — Tukidides, Jenofonte, Plutarco, Grote, Curtius, Duruy y demás obras citadas; la Arch. gr. y la Sculpt. ant. en la *Bibliothèque de l'enseignement des beaux arts*, Croiset. — *Manuel d'histoire de la littérature grecque*; Fouillée, *Histoire de la philosophie* (para los alumnos).

FILIPO Y ALEJANDRO.

(SEGUNDA MITAD DEL SIGLO IV, ANTES DE LA E. V.)

1.—Filipo, rey de Makedonia.—2.—Filipo, conquistador de Grecia.—3.—Alejandro en Grecia.—4.—Alejandro en Oriente.—5.—Alejandro y la civilización.—6.—Los sucesores de Alejandro hasta la batalla de Ipsos.

1. *Filipo, rey de Makedonia.*—(360) Los makedonios se creían helenos y sus dinastas se decían descendientes de Heraklés; los atenienses lo negaban. La raza que vivía en las montañas y valles profundos que se encuentran entre el Hemos (Balkán), la serranía del Pindo y Tesalia, era una mezcla de tracios, ilirios y helenos; era guerrera, robusta, sana; sus reyes mal obedecidos, en lucha constante con los bravos jefes de aquellos *clans* indómitos, no pudieron, aunque lo pretendieron siempre, tomar parte en los asuntos helénicos. Cuando Filipo heredó el trono, esta pretensión pudo realizarse. Filipo había hecho una parte de su educación en Thebas y había estudiado profundamente la táctica de Epaminondas. Cuando fué rey, su primer cuidado fué transformar su pueblo en un organismo coherente, disciplinado y arma-